

Hart y la revolución de las palabras

Por *Pablo* GONZÁLEZ CASANOVA*

TODOS NOS DECIMOS: ¡Qué difícil es dar vida a los conceptos abstractos como libertad, justicia, democracia, independencia! Probar que se habla de verdad y con la verdad durante los gobiernos de las tiranías es jugarse la vida, la libertad corporal, exponerse a los ataques y a las torturas. Y eso no basta; probar que se habla de verdad es mantener la coherencia entre los ideales, las palabras y los actos, a lo largo de la vida. Y eso es lo que ha hecho y hace Armando Hart. Muy joven escribió a sus padres desde las calles y los escondrijos rebeldes: “Los quiero sintiendo su dolor y queriendo que comprendan cómo el deber de un hombre es ser fiel a su conciencia”. Ya mayor, tras mil peripecias, encarcelamientos, heridas y peligros sobrevividos, escribió: “Lo difícil no es cumplir sesenta años sino cómo se cumplen”. Cómo se cumplen.

De la riqueza de su vida notable destaco aquí algunas de sus formas de pensar, de actuar y de sentir. Hablando de su hermano Enrique, muerto en la lucha, escribió: “Lo decente y lo moral es raíz fuerte y poderosa de lo revolucionario. Así fue Enrique. Y la base de la moral está en la verdad”. Más lejos añade: “Los artificios y las mentiras (el peor enemigo de la verdad) no sirven para nada en la vida y la política cuando ésta y aquélla son esencialmente revolucionarias”. Por otro lado aclara: “En nuestra comprensión finita es absurdo el espectáculo de tanto mediocre, de tanto [...] vivir a tuestas, vivir a medias, que no es vivir, mientras los dotados de vida plena mueren precisamente por querer vivir”.

Al enorme peso de la verdad completa, añadió Armando el de la lucha contra las abstracciones, contra lo concreto que las olvida y por lo maravilloso de su unión. “¡Es tan bello encontrar en lo abstracto lo concreto de uno mismo”... ¿Qué quería decir con eso? Quería decir que una vida plena piensa en la libertad y en la lucha por ella. Hombre sensible y apasionado aunque no siempre se note, Armando siente ra-

* Investigador emérito, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <casanova@servidor.unam.mx>. Texto leído en el Homenaje de la Universidad Autónoma de Zacatecas a Armando Hart realizado el 11 de abril del 2008 con motivo de la presentación del libro de Eloísa Carreras Varona, *Armando Hart Dávalos: un revolucionario cubano. Apuntes para un esbozo biográfico*, México, Plaza y Valdés, 2008.

bia cuando sabe de la muerte de su hermano. Volteando la mirada exclama: “¡Que nadie diga que Enrique y otros más no pensaron! ¡Que nadie reduzca su vida al sentimiento!”. “Murió porque sintió, pensó y sobre todo porque actuó. Amante de lo grande, apasionado, que según Martí son los primogénitos de una sociedad llena de trabas y mezquindades, tuvo que ser heroico para vivir”. ¡Cuántos como él habrán muerto —pienso yo, simple lector— si quienes alcanzaron a vivir siguen luchando desde el poder del pueblo “por hacer prevalecer la justicia”, “por encauzar y canalizar la vida” de todo un país y un mundo, “con arreglo a los principios de dignidad, decoro y derecho”, dice él. Y esas palabras no se oponen, sino antes preceden otras más concretas que vienen de otras abstracciones prácticas. Describe Hart el camino por él preferido: “Me he refugiado toda mi vida en el mundo de las concepciones y en la pasión por lo abstracto [...] Pero tiene que ser así, porque cuando se siente pasión por una causa general, por un valor abstracto como es la justicia, todo hombre honrado debe darse a él ya que esos valores abstractos se traducen en el ejercicio de la acción revolucionaria, en cosas muy concretas y vitales para la inmensa mayoría de los hombres [...] Y es honor al que no se renuncia y deber al que no se debe claudicar el defender la causa del hombre”, concluye en un giro estilístico martiano.

De camino a lo concreto no sólo piensa en la revolución como insurrección sino como voluntad, conocimiento y creación. Al igual que su hermano Enrique sale de una cosa para entrar en otra... El punto básico de todo es la voluntad de creación o, como Armando la llama, la “urgencia de creación”. Y hace como dice que hacía su hermano Enrique: “Es infatigable... es un vértigo de acción, de trabajo”. Comenta: “Cuando los hombres encuentran el modo de hacerse eficaces, se hacen incansables”.

Toda una generación que ahora envejece digna y abre el camino, previsto y preparado para el relevo a las nuevas generaciones, pensó desde su juventud en quienes la sucederían: “Hay que enseñarles a ser implacables con el error y la falsedad y apasionados admiradores del triunfo revolucionario más completo [...] Será nuestro deber educarlos como nos educaron a nosotros. Más que con palabras, que nunca faltaron, con el ejemplo que siempre estuvo presente”. Y añade: “El honor, la rectitud de carácter, las buenas costumbres, la pasión por el saber, la consideración de que el primer valor de la sociedad es la ley”.

Y aquí salta a la razón concreta y a la sinrazón de los tiranos y los gobernantes neocoloniales, “defensores eternos de la sinrazón” del imperialismo y el capitalismo. El largo camino del rebelde se expresa

en varios pasos, desde la defensa del derecho y la democracia, en el alegato jurídico del 58 hasta su integración al Movimiento 26 de Julio encabezado por el doctor en derecho Fidel Castro, quien en su propio alegato del 53, conocido como *La historia me absolverá*, hizo ver que quienes tienen la razón y el derecho son quienes luchan contra la tiranía. Hart escribió en su alegato: “Si se quiere que el hombre no se sirva de las armas, es preciso tratarlo como a un hombre. La discusión frente a la fuerza, el entendimiento frente a la voluntad inconsulta, el derecho frente al poder físico. El hombre frente a la bestia”. Y termina desconociendo a los descalificados jueces: “Condénenme, que llevaré con honra esta nueva ilegalidad cometida contra mí. Condénenme que yo seguiré luchando con todas mis fuerzas por ver prevalecer los principios del derecho y la libertad”... (así lo sigue haciendo).

Todavía en la prisión, en apoyo y solidaridad a una huelga de hambre de otros presos políticos encerrados en el “Castillo del Príncipe”, suscribió un documento que decía:

Exhortamos [...] al pueblo cubano, a sus instituciones cívicas, culturales, religiosas y representativas, a la prensa, a los colegios profesionales, a los trabajadores, estudiantes y demás sectores del país a movilizarse públicamente en defensa del sagrado derecho del *habeas corpus*, conquista de los pueblos en su lucha contra el despotismo y la tiranía.

Habiendo escapado de su cárcel con una cuerda de camisas atadas entre sí, e integrado a la lucha del Movimiento 26 de Julio en la clandestinidad, Armando Hart fue con Frank País uno de los más destacados organizadores de la lucha “en el Llano”, base y complemento de la que los guerrilleros libraban “en la Sierra”. El pequeño grupo, moral y revolucionario, fue ampliando su propia formación y la de numerosas bases urbanas y campesinas. Todos aprendieron más y más sobre los legados y procesos revolucionarios por los que la independencia, la libertad y la justicia exigen arrebatar “el poder y no sólo el gobierno” a los “ladrones, bribones y corruptos de la república neocolonial contra los que tanto habían perseverado en el combate”. Hasta hoy siguen luchando, ya acompañados de todo un pueblo que ha aprendido a gobernar y a tomar decisiones de Estado, en un camino de la voluntad organizada y la conciencia colectiva de la política y el poder, en que sus contingentes recuperan la memoria histórica que les había sido arrebatada y la integran al proceso creador original de la revolución actual, ya a sabiendas de que ésta sólo es el primer paso de un proceso histórico que abarca más generaciones que la de ellos, más civilizaciones que la

suya, más ideologías y culturas que las familiares, y de hecho a casi toda una humanidad que a su manera se suma a la emancipación a veces con lentitud y otras a grandes pasos.

Y aquí más que de la vida de Armando y de sus inmensas contribuciones al proceso de creación revolucionaria, quiero evocar al activísimo ministro de Educación que, con una pléyade de profesores y maestros revolucionarios, le permitió a Fidel anunciar un día que Cuba era “el primer país libre de analfabetismo”, y al gobierno-pueblo proponerse años después —hoy— hacer de todo el país, de toda Cuba, un país-universidad entrenado a criticar sus errores para superarlos y a mirar las novedades de la sociedad y de la ciencia para actualizarse. Armando destacó la recreación de las teorías y prácticas revolucionarias más como una cultura creadora que como una ideología acabada; nunca quiso convertir lo pensado en texto para seguir pensando y actuando sin advertir también las variaciones de uno mismo y del mundo en que se vive y lucha.

Más tarde, ya a cargo del Ministerio de la Cultura, Armando Hart dio a la acción del gobierno las pautas de su propia vida. Impulsó un pensar y actuar en que “la disciplina, indispensable para el triunfo”, se combina con el respeto entre diálogos y debates a las distintas corrientes, gustos, interpretaciones, ya dense dentro de una misma ideología o cultura o en distintas culturas e ideologías. Fue y es muy claro en el respeto a todas las religiones y a los espacios laicos, ese otro baluarte de la cultura revolucionaria que “había asumido —escribe— los más altos valores de la cultura occidental desde una opción irrenunciable por los pobres”.

Después de los dos ministerios al frente de los cuales se encuentran algunos de sus más brillantes compañeros y discípulos, Armando Hart se ha dedicado a difundir la historia cultural que llevó a la nueva creación histórica y en la que José Martí destaca como “el autor intelectual de la Revolución Cubana”, a decir de Fidel. El recuerdo de los predecesores es un recuerdo de las experiencias de rebeldes, héroes y mártires que actuaron y actúan en una serie de revoluciones que son “la misma revolución”. Entre ellos se encuentran pensadores e intelectuales del más alto nivel, surgidos de las universidades y de los movimientos sociales e integrados al Partido Revolucionario Cubano encabezado por Martí, al Partido Comunista original, como Julio Antonio Mella, articulan la cultura marxista y la cultura martiana, la versión leninista y la latinoamericana mientras “no aceptan de ninguna manera que se les quiera señalar como enemigos de la religión”. A ellos se suman otros venidos de fuera —entre los que sobresale por todos conceptos el

Che Guevara— que se proclaman comunistas al tiempo que dan una importancia primordial al poder moral de las revoluciones y a la construcción de relaciones sociales en las que ya no prive la lógica del lucro; y en las que se cree la cultura de lo solidario, de lo social, de lo colectivo, así como el respeto a quien piensa distinto y es hombre de bien (aclárase aquí que si *humanidad* es femenino y *hombre* masculino en su empleo genérico, ambos incluyen a las mujeres y a los varones, a las niñas y a los niños, a los viejos y a las viejas, tengan los colores, las creencias o los gustos que tengan mientras no rompan el respeto a la dignidad y autonomía de los demás). Éstos y muchos hechos que parecen propios de la civilización rebelde cubana y latinoamericana explican que Cuba sea “la primera y hasta hoy la única revolución de inspiración socialista que triunfó” en el mundo y que continúa construyendo la liberación, la democracia y el socialismo, con una política de las contradicciones propias que no niega, y que al reconocer lo hace entre diálogos y debates particularmente ricos, creadores y pedagógicos en los que Armando Hart tiene un papel destacado.

Hoy celebramos la revolución del pensamiento en las palabras y las obras. En ella Armando Hart ha sido fiel a Martí cuando dice: “El pensamiento se ha de ver en las obras. El hombre ha de escribir con las obras”. Hart —como José Martí, como Fidel Castro, como el Che Guevara— escribe con las palabras y los actos.

La biografía que sobre él ha publicado su compañera y esposa, Eloísa Carreras Varona, está a la altura de su vida y obra y de las huellas magníficas que ésta deja no sólo en los libros que ha escrito y escribe sino en la Cuba por la que luchó y lucha.